

MONASTERIO

Gabriel iba conduciendo por una carretera desolada y maltrucha, rodeada de maleta, como todas las mañanas. Viajaba en silencio, con la mirada al frente y sus manos estrujando el volante. Había tenido un mal día en el trabajo, como siempre, y no le apetecía escuchar música. Aunque si hubiera decidido poner la radio de todas formas, era poco probable que hubiera funcionado. Su coche viejo rebotaba entre las piedras y agujeros en lo que a duras penas podría llamarse asfalto, chirriando y haciendo ruidos desagradables.

Un par de metros más adelante, los chirridos se intensificaron, y el aire se llenó de un intenso olor a quemado. «¡Ahora no!» pensó Gabriel, pisando el acelerador desesperadamente. Pero el coche dio un último restallido estridente, y se paró.

Gabriel salió del coche a regañadientes, tosiendo y agitando la mano para apartarse el humo de la cara. Genial. Ahora era imposible que llegara a su casa para dormir. No tenía nada en contra de pasar la noche en un motel (aparte de los gastos, obviamente), pero no había ninguno cerca. Y, además, pronto sería la hora de darle la pastilla a su hijo. Tenía una hora estricta para su medicación, y no tomarla podía provocar que no fuera capaz de salir de casa durante una semana.

En realidad, incluso con las medicinas, la anemia por deficiencia de hierro de su hijo siempre iba a peor. Pero los doctores no encontraban explicación para ello, y decían que estaban haciendo todo lo que estaba en su mano. Así que lo mejor que podían hacer era seguir con las pastillas y rezar para su recuperación. No le gustaba la idea de que tuviera que pasar la noche solo, encerrado en casa.

Solo había un lugar cerca en el que pedir asilo, y no le hacía ninguna gracia. Pero no tenía otra opción, así que le echó una última mirada acusadora a su coche estropeado y se puso en camino.

El Monasterio: Un enorme castillo de piedra en mitad del bosque, con decorados balcones y exuberantes jardines. Realmente no tenía nada que ver con un monasterio. Era más bien una residencia de lujo, donde se hospedaban algunos de los mayores genios del siglo: astrónomos y biólogos, matemáticos y químicos. Prestigiosas personas de ciencia.

Seguramente su residencia tendría un nombre, pero la gente lo llamaba el Monasterio porque las personas que vivían allí parecían estar en una secta: largas túnicas, pelo rapado, siempre reservados y misteriosos. A pesar de ello, se caracterizaban también por su hospitalidad, digna de un centro religioso, a toda persona necesitada que llamara a su puerta.

Gabriel se paró enfrente del gran portón del Monasterio, respiró hondo y golpeó varias veces la madera con la argolla de hierro.

Casi instantáneamente, le abrió un señor viejo y encorvado. No debía de tener más de cincuenta y pico años, pero su piel estaba arrugada y sus ojillos negros se clavaron en él intensamente. No podía ser un monje; llevaba un pañuelo multicolor para cubrir su falta de pelo, una camisa sucia y unos pantalones vaqueros, sujetos con un cinturón lleno de herramientas. Gabriel supuso que sería el conserje.

- Buenas noches - saludó Gabriel - Por desgracia, mi coche se ha estropeado mientras pasaba por aquí. ¿Sería tan amable usted de darme alojamiento para esta noche, por favor?

El conserje no dijo nada. Su mirada seguía fija en él, con los ojos completamente abiertos, dándole un aspecto perturbador que hacía que a Gabriel le empezaran a dar escalofríos. Pero, finalmente, abrió el portón del Monasterio y le indicó con gestos que pasara.

El interior era impresionante: abierto y espacioso, decorado con frescos y lleno de cúpulas y arcos. Gabriel se imaginó lo que sería vivir allí, sin ansiedades ni problemas económicos. Tal vez él y su hijo podrían vivir

en un lugar como ese algún día. Pero era un sueño imposible, y Gabriel sabía que los monjes no les aceptarían en el Monasterio así como así.

Justo pensando en ello, vio a un grupo de personas que se acercaba a él por el pasillo derecho. Eran justo como había oído, con túnicas azul marino que les llegaban hasta los tobillos y mirada inteligente y reflexiva.

El primero de ellos sonrió y abrió los brazos.

- Bienvenido, viajero. Hemos sido informados de que usted precisa ayuda debido a un problema con su transporte. No se preocupe; le proporcionaremos una estancia para esta noche, y mañana su vehículo habrá sido arreglado y podrá continuar su camino.

Hizo una profunda reverencia, y por un momento Gabriel se sintió muy halagado. Pero un instante después se dio cuenta de que no se reverenciaba ante él, sino ante el conserje, que se despidió de los monjes con un gesto y se marchó cojeando por el pasillo izquierdo. Los otros monjes también le respondieron con una reverencia, y Gabriel pasó a sentirse confundido. ¿Por qué ellos, que al fin y al cabo eran algunos de los más brillantes científicos e investigadores del mundo, le mostraban tanto respeto a aquel anciano, que ni siquiera se molestaba en hablar?

- Debería usted seguirle - le recomendó el monje -. Le guiará hasta su habitación. Yo me llamo Alejandro; si necesita algo, no dude en llamarnos. Y se fueron por donde habían venido.

La habitación estaba bastante bien: una cama con sábanas limpias, una ventana, una mesita de noche y una silla en una esquina. No se le podía culpar de la terrible noche que pasó Gabriel.

Primero fueron los rechinamientos; agudos y constantes, como de docenas de pías arañando una superficie de madera. Estos persistieron durante un par de horas y, cuando por fin pudo dormirse a duras penas, un haz de luz blanca le atravesó los párpados, como si alguien hubiera encendido una linterna y se la hubiera pegado a la cara.

Se despertó asustado y con el corazón acelerado, y miró por todas partes, registro su habitación, incluso escudriñó por debajo de su cama.

Pero no había nada.

Para cuando amaneció al día siguiente, Gabriel estaba atemorizado. Nunca había creído en esas historias estúpidas de fantasmas y espíritus atormentados. Ahora en su cabeza se arremolinaban mil teorías horripilantes, a cada cual más absurda y terrorífica que la anterior.

Mientras bajaba las escaleras que daban a su habitación, se prometió una cosa: averiguará qué había sido eso. Si no, estaba convencido de que no sería capaz de pegar ojo de nuevo en su vida.

Los monjes se habían reunido en el gran comedor del Monasterio para desayunar. Gabriel irrumpió en la sala de improviso, empujando las hojas de la doble puerta como si estas le hubieran ofendido personalmente. Alejandro levantó la vista de su desayuno y al instante notó que algo no iba en orden.

- Buenos días, viajero. ¿Soy yo o está usted algo turbado esta mañana?

Gabriel le miró a los ojos e intentó averiguar si hablaba en serio. ¿Acaso era posible que no hubiesen oído los arañazos?

- Anoche oí rechinarientos - declaró Gabriel -, y también noté una luz blanca. ¿Sabeis qué pudo ser?

Alejandro asintió gravemente y entrelazó los dedos. ¿Fue su imaginación, o dos de los monjes al fondo de la sala intercambiaron miradas cómplices?

- ¿Por qué imagina usted que nosotros podríamos tener la respuesta a su pregunta?

- Bueno, nosotros somos los monjes, así que.

Nada más decirlo, recordó que en realidad ellos no eran monjes. Solo la gente que vivía en las cercanías los llamaba así. Intentó rectificar, pero Alejandro solo se rio por lo bajo.

- Me temo, estimado viajero, que ese es un tema reservado especialmente para nosotros... monjes, como usted dice. No podemos compartir esa información fuera de nuestra hermandad.

- ¿Y cómo aceptarías a alguien en esa hermandad?

Preguntó casi sin pensarlo, pero Gabriel sabía que sería una muy buena oportunidad. Él y su hijo vivirían mucho mejor allí, apartados del ruido y la contaminación de la ciudad, y tal vez, con un poco más de espacio y aire limpio, su hijo podría mejorar por fin. No tendría que preocuparse de la renta ni de los vecinos molestos. Seguramente no todo serían ventajas, y tendría responsabilidades, pero estaba dispuesto a arriesgarse. Y, por último, la curiosidad le carcomía por dentro. Tenía que saber qué eran esos ruidos y esas luces.

Pero Alejandro negó melancólicamente con la cabeza.

- Lo siento, amigo mío. Como habrás podido observar, todos aquí somos investigadores, dedicando nuestras vidas a la ciencia. Tendría que hacerle a usted un descubrimiento considerablemente importante para llamar nuestra atención.

Gabriel asintió con la cabeza, pero no pudo evitar que la decepción le hundiera los hombros. Un descubrimiento considerablemente importante. Él ni siquiera había llegado a bachillerato; había dejado su educación una vez hubo terminado todos los cursos obligatorios. Simplemente, era imposible.

A los monjes no les importaba que se quedara hasta mediodía, así que Gabriel deambuló por los pasillos del Monasterio, pensando. Al menos, hoy no tenía que ir a trabajar. Odiaba su trabajo. Estudiar le había parecido tedioso y difícil en su momento, pero al crecer había descubierto que había trabajos que podían serlo veinte veces más, y aun así cobrando el sueldo mínimo.

Dando vueltas sin ningún objetivo en concreto, se encontró un cuarto entrecabierto. Anoche había visto desaparecer al conserje tras esa puerta, así que supuso que sería su habitación.

Había unas cuantas tablas de madera apoyadas contra la pared, bastante dañadas, así que Gabriel dio por hecho que el viejo conserje estaría en algún lugar del Monasterio, reparándolas. Lo que también significaba que podría tardar un buen rato en regresar...

Finalmente, la curiosidad le ganó a su peso de conciencia y pasó a echar un vistazo. Había muy poca iluminación, y todo estaba desordenado: papeles por el suelo, prendas de ropa colgadas de cualquier manera, la cama deshecha, y el escritorio lleno de todo tipo de objetos de la vida cotidiana que pudiera imaginarse. No había nada interesante a primera vista, así que empezó a darse la vuelta, cuando captó algo con el rabillo del ojo. La esquina de un papel amarillento, como muy viejo, que sobresalía de debajo de una montaña de objetos y productos variados de higiene personal.

Se acercó al escritorio, cuidando de no pisar nada. Apartó de la mesa un desodorante y un peine, cogió una linterna de un estante en la pared y su luz blanca iluminó un trozo de papel que aparentaba años, con un único mensaje garabateado en tinta negra:

Enfermedad de Hierro

Gabriel se quedó mirándolo un buen rato. Al final, se guardó el papel en el bolsillo, echó un vistazo nervioso alrededor, recolocó el resto de objetos lo mejor que pudo y salió de allí a paso rápido.

De vuelta en su coche, de camino a su casa, rebotando en el asiento del conductor y oyendo los quejidos constantes del motor, se puso a meditar sobre su estancia en el Monasterio. En realidad, aquellos monjes no habían sido siempre tan inteligentes y prestigiosos; parte de su fama consistía en que se incorporaron al mundo de la ciencia de la nada, ya siendo adultos. Y si ellos lo consiguieron, entonces no debía de ser imposible, ¿verdad?

Un bache más pronunciado que el resto le informó de que ya había llegado a su ciudad. Bajando la calle, pasó por enfrente de una escuela de adultos. Un par de mujeres de mediana edad conversaban sentadas en los escalones, con libros abiertos delante de ellas.

Gabriel siguió adelante, cambió de idea, dio la vuelta y se dirigió a la escuela. Quería ver el horario escolar. Tal vez, si gestionaba bien su tiempo, podría juntar las clases con sus horas de trabajo. Estudiar con tan poco tiempo sería pesado, pero guardaba la esperanza de que, con unos pocos años de formación, tendría la opción de dejar su trabajo y buscar alguno mejor, y que ofreciera mayor sueldo.

Por una vez, tenía curiosidad de hasta adónde podría llegar.

VEINTE AÑOS DESPUÉS...

Gabriel estaba sentado en su despacho, con la espalda hundida en su butaca, sonriendo por la foto que le acababa de llegar a su móvil.

Era una simple imagen de un hombre y una mujer, ambos sonriendo de cara a la cámara, de pie en un jardín con una modesta casa de fondo.

El hombre rodeaba con su brazo a la mujer, quien sostenía a un pequeño bebé envuelto en mantas blancas. Y al pie de la foto, entre exclamaciones e iconos de sorpresa y felicidad, aparecía el nombre de la recién nacida: Gabriela, nombrada así en honor a su abuelo.

Es decir, él.

Hacía ya años que su hijo se había independizado, pero aún se sentía orgulloso cada vez que veía alguna foto suya de adulto.

Todavía se acordaba perfectamente de aquella tarde de primavera, en la que se había acercado a él durante uno de sus horribles dolores de cabeza y le había pedido suavemente una muestra de sangre para su nuevo laboratorio en la universidad. Todavía se acordaba de aquella muestra bajo el microscopio, la primera vez que notó la presencia de una p partícula que no seguía a las demás. Todavía guardaba en un cajón los informes de observaciones de los días siguientes, mientras investigaba al pequeño microbio, le hacía pruebas, descubría que le gustaba atacar a los glóbulos rojos para robarles el hierro y, al mismo tiempo, confeccionaba un antiveneno al que le encantaba comérselos. Nunca olvidaría la primera vez que sacó sus investigaciones a la luz, las dudas, las miradas escépticas... y poco después, las sonrisas, los aplausos y las felicitaciones.

Dos personas con traje y corbata le habían estrechado la mano y le habían dado un diploma.

- ¿Y bien, señor Gabriel? - le preguntaron - Usted ha descubierto esta enfermedad. ¿Cómo desea llamarla?

Y Gabriel apenas tuvo que pensarlo.

- Enfermedad de Hierro.

Ahora, aquel papelito desgastado estaba enmarcado en el centro de su pared, rodeado de graduaciones, diplomas, doctorados y documentos importantes de su carrera en general. Y él ya estaba jubilado; había tenido una vida difícil, un trabajo duro, y siendo ya adulto había podido volver a enderezarla, a proporcionarle una mucho mejor a su hijo y a reunir una buena herencia para su nieta. Llegados a ese punto, solo le quedaba una cosa más que deseaba hacer.

Bajó a la puerta de su casa y entró en su coche, que no tenía ya nada que ver con el pequeño vehículo medio destartado en el que viajaba antes por esos caminos. Condujo hasta el bache que anunciaba la salida de la ciudad, y más adelante, entre arbustos y copas de árboles, rebotando entre piedras y agujeros.

Llegó finalmente a las puertas del Monasterio. Sonrió, recordando viejos tiempos, respiró hondo y golpeó varias veces la madera con la argolla de hierro.

Casi instantáneamente, la puerta se abrió, pero esta vez no era el conserje. Alejandro, ahora con la piel más arrugada y ligeramente encorvado, pero igualmente reconocible, le sonrió desde el umbral y extendió el brazo.

- Bienvenido, hermano. Te estábamos esperando.

Poco después, se había reunido con el resto de monjes en el gran comedor. Todos le sonreían y le daban la bienvenida, aplaudiendo y dándole palmaditas en la espalda.

- Aunque me temo que vas a tener que raparte - le advirtió uno.

Todos se rieron. En ese instante, el conserje apareció por una puerta, cojeando como siempre y cargando con una de sus tablas de madera. Sus miradas se cruzaron, y en ese instante Gabriel comprendió todo: lo que pasó aquella noche, las miradas cómplices, la puerta de su cuarto entreabierta hace tantos años.

Gabriel se acercó a él solemnemente e hizo una profunda reverencia.

- Muchas gracias, señor.

El consejero no dijo nada, pero el fantasma de una sonrisa apareció por una breve fracción de segundo en su rostro. A continuación, se volvió y continuó su camino, y Gabriel se fue con los monjes, quienes le dieron una túnica y se ofrecieron a enseñarle el Monasterio.

sin.